



Desde el largo puerto que iba desde Sevilla a Sanlúcar el mundo se iba abriendo paulatinamente como una perenne y gigantesca rana que desvelaba en cada nuevo pétalo un enigma: Canarias, La Española, Nueva España, Perú, Rio de la Plata, Filipinas, Extremo Oriente... Nuevos colores, nuevos gustos, nuevas medidas que primero y ante todo cundían en Sanlúcar y ante todo, en el obraje de sus gremios y oficios. Al servicio de las flotas y armadas, movidas por los vientos alisios, era una ciudad de buenos carpinteros y alarifes, de azacanes de aguas de las maderenas de sus arenas, de panaderos, confiteros y bizcocheros, de mesoneros y taberneros, de polvoristas, de comitres y maestros, de buenos mercados de telas y vestidos en su Alacetera de la calle Bretones, tenía un algar de zoco y medina árabe que no había podido amainar la nueva ciudad cristiana.

El mosaico gremial de Sanlúcar en una procesión del Corpus Christi

Nada mejor para conocer los oficios históricos de los sanluqueños que pintar y recrear una procesión del Corpus del siglo XVI, una ceremonia que entonces tenía más de civil que de religiosa. Fue por aquellos años en que Hernán Cortés conquistaba México. A esa procesión era obligatoria la asistencia de los gremios, bajo multa que imponía el Cabildo municipal. La procesión era la escenificación del orden civil

de los pecheros, que no se mezclaban con clero ni nobles. Era el compendio del tráfico de oficios en las calles de Sanlúcar en su vivir y convivir a diario. La sociedad de Sanlúcar respondía entonces al orden en tres sectores que establecían La Parada de Alfonso X: los que rezaban a Dios, los que defendían con las armas y los caballos y los que labraban y trabajaban la tierra. "Ca bien, así como los que rogan a Dios por el pueblo, son dichos oradores; otros los que labran la tierra y hacen en ella aquellas cosas por que los hemos han de vivir e de mantenerse, son dichos labradores; otros los que han de defender a todos son dichos defensores".

El cortejo hacía bajo la luz de las velas de limano en la catódrada calle Caballeros, entonces la calle larga de la Corredera de caballeros y jinetes. Destacaban por su volumen los carretones con simulacros y castillos de escenas de la Biblia, ejecutadas por pintores hábiles en el dibujo y el color (escena del pecado de Adán y Eva, del ángel con espada en mano expulsando del paraíso a ambos como pecadores, o la de Jesucristo resucitado descendiendo a los infiernos para rescatar a los padres bíblicos como Moisés, Abraham, que no habían sido bautizados etc.). Cada gremio ejecutaba una danza, ensayada en una ocasión por un gitano llamado Cortés, al son de tambores, charines, arpas, violaclas, y en alguna ocasión por chirrimías traídas de Jerez. Al son de campanas que bien sonaban estas trompetas de madera, de tres cuartas de larga con diez agujeros en los que los dedos y el viento de la boca formaban la armonía que enfervorizaba a los sanluqueños. Iniciaban la procesión los que corraban con la hoz las mieses y hierbas, los segadores, que acompañaban a la tarasca o figura de sierpe monstruosa, con una boca muy grande y terrible. Como la de Saturno, dios de la agricultura y de la cosecha de jumo, que devoraba o corraba con su hoz los días como espigas que él había engendrado. También en el contexto de los pecheros se expresaba la idea de la serpiente que trajo el trabajo como castigo a los hombres de los gremios, tras el pecado de Adán y Eva. En ese Corpus, como todos los años en junio, ya pintaban, ya tomaban color y maduraban las uvas. Las espigas y los frutos en los arboles. Seguían los alfátilos y harrizanos que amenizaban con danzas de espadas, luego



En la página de la leyenda, imagen de un calatastroz de boeras y sobre estas líneas, retrato de Hernán Cortés, en sendos dibujos del siglo XVII de Christoph Weiditz (1741), en el manuscrito Das Trachtenbuch... Germannisches Nationalmuseum, Nuremberg

Procesión del Corpus Christi en Sevilla [c. 1780] Sigue la espada arriada. Basado en una reproducción original de Nicolás Costilla (1941) Colección arteciencia: Madrid



los *herrenos* con los *herradores* (4 maestros y 4 oficiales) y los *andadores* o *afiladores* de cuchillos. Volvían, otra vez como protagonistas del día del Cuerpo de Cristo hecho pan de espigas, los *segadores* y *carreros* con donas de *segadores* en los que empuñaban y golpeaban entre sí las bocas, cogidas con manijas de madera y terminadas en hojas de hierro encorvadas con dientes de sierra muy agudos y cortantes.

Desfilaban los *carreteros*, que hacían carros y carretas o que los ganaban por medio de mulos por los caminos empedrados y bien empunados de Sanlúcar. El *Catastro de Ensenada* omite a los *carreteros* con recuas de onulas, 30 *carreteros*, 5 *cabaleros* o *cocheros* de caballos, 12 *alquiladores* de caballos, 45 *borriqueros*, y 4 *añacaleros* o *transportadores* de barro y cal para la construcción. La *carretería* era un gremio muy visible y audible en una *Sanlúcar* con *cuestas* que separan el Barrio Alto y el Bajo con mucho transporte de pesados *bocoyes* y *bots* de vino, de *tejas* y *ladrillos* salidos del barro Blanco de Santa Brigada o del rojo del Palmar, y a los que se le encomendaba también, a través de los *azacanes* (*aguadores* o *acreadores* de agua), el transporte de agua potable a las casas particulares y tabernas desde los pozos y *madronas* del Barrio Alto. En 1566 donía Leonor de Sotomayor, condesa de Niebla afirmaba que en "esto suele haber en esta villa mucha falta de agua dulce, a causa de no haber en esta villa mas que la de un pozo de agua dulce que dicen del Palmar, y está en una fuente de un recinto particular, que los vende a los vecinos del mismo pozo por pocos centavos, y así les que la traen por el pueblo a vender, en carretas, por estar dañada el acantamiento que la trae al pueblo." En el "Catastro de Ensenada", a mediados del siglo XVIII se registran nada más y nada menos que 48 mozos con cántaros "para echar agua en las casas", donde existían muy buenas tinajas de barro rojo del Palmar.

Los *carreteros* han conservado una calle en el Barrio Bajo la calle *Muleros* o de *alquiladores* de mulos para la playa y otra en el Barrio Alto, la de *Carretería* o de la Cruz de Bejines, al final de la calle *Comisario*, en dirección a lo que es hoy la *carretera* de El Puerto de Santa María. Los *azacanes* tienen otra en el Barrio Alto, en una salida de la calle San Agustín. Los *muleros* arreadan, a valaban y agudaban las bestias para que caminasen y arrastrasen la carga. La *palabra* que más decía era *hure* o *arre*. De ahí les vino el nombre de *harreros* o *arrieros*. Las calles de Sanlúcar no sonaban como hoy a espes de motor y bramar de bocinas, sino a ruidos de cascabeles y herraduras sobre chinios, junto con muchas voces con las palabras *gruesas* de la *carretería*, como decía el 7^o *diccionario de autoridades*, que a pesar de todo también avisaba que más allá ser *arrieros* que *borricos*. Los *carreteros* *cañaneros* y *esgierren* mucho el empedrado de las calles que el *Cabildo*



Arriba, un *carretero* transportando vino en botas de vino o *atún* de la *chunca* y *atarazana* *ducal*, o de *ollas* y *lebrillos* de barro rojo del Palmar; las *calles* de la *ciudad* eran *firmes* en *seco* y en *húmedo* *espaciosos* y *rectos* especialmente las del Barrio Bajo de *construcción* más *moderna* y *alegan*. Había muchos *quejíos*, por los *olores* de los *excrementos* que sus *bestias* dejaban por la *ciudad*. Pero eran *necesarios*.



Arriba, un *carretero* transportando vino en botas de piel de *cabra* y *abajo*, un *agudador* llevando el *agua* en *cántaros* de barro sobre una *caballería*. Dibujos sobre papel de George Weisler (1948) en el manuscrito *Sanlúcar de Barrameda*, por Germánico Nolasco Nolasco, Nuemborg

La *cuesta* más *habitual* de los *carreteros* para *bajar* y *subir* a los *barrios* fue la *actual* *calle* del *Ganado*. La *dehesilla* para el *pastar* de los *mulos* la *tenían* en *Santa Brigada*, *junto* al *Pecado*, en el *llamado* *barrio* de los *barros* de *ladrillos* y *tejas*. Los *carreteros* *contaban* para *aprovechar* los *espacios* con la *ayuda* de los *esfaldadores* que *laban* y *acomodaban* los *fardos* de *ropa* y *otras* *mercaderías* para *cargar* los *mulos* en la *playa*.

Otra *entidad* *profesional* era la de los *olleros* y *tejeros*. Los *olleros* *hacían* y *vendían* *ollas* y *todas* las *demás* *cosas* de *barro* para *usos* *domésticos* como la *tinaja*, el *lebrillo*, el *cántaro*, la *jarra*, el *botijo*. La *ordenanza* *municipal* les *permitía* el *corte* de *palmas*, *letriscos*, *mulgas* y *pino* para el *fuogo* de los *hornos* *cerámicos*. La *calle* de los *Olleros* y *Tejeros* era la *actual* *calle* del *Palomar*. Por *otro* *lado* los *carreteros* *eran* en *aquella* *época* los *que* *lababan* la *piedra* de los *magníficos* *edificios* de *Sanlúcar* como la *portada* de la *O. Santo Domingo*, La *Merced*. *Posuían* *sierras* *muy* *potentes* para *cortar* la *piedra* que *trajan* con *ayuda* de los *carreteros* y *muleros* y los *bien* *empedrados* *calles* de *Sanlúcar*. *Seguía* en el *correo* un *importante* *tramo* de los *pintores*, *palabra* *entonces* *exclusiva* de los *que* *practicaban* el *arte* de la *pintura* en *planos* con *pin* en los *bello* *frescos* de las *iglesias* y *capillas*, como la de las *Ánimas* en *nuestra* *parroquia* *mayor*. En 1905 en la *plaza* de las *Siete Revueltas* se *anunciaba* un *taller* de *pintura* que se *especializaba* en "trabajos *decorativos*" de *fachadas*, de *muebles* o de *castillos* sobre *carretas*.

Luego *venía* el *trhecho* de los *esparteros*, que *hacían* y *fabricaban* *serones*, *esteras*, *maromas*, *güenetas* o *cuerdas* *gruesas* para *atar* *arcas* y *sogas*. Su *arte* *era* *formar* *geométricas* *tramas* con las *varitas* de *esparto*, *finas* pero *difíciles* de *romper*. Ha *complecido* *siempre* y *sigue* con el *plástico* y el *alambre*. *Relacionado* con el *esparto* *estaba* la *artesanía* del *palmito*, la *caña* o *carriño*, el *nimbe* y la *enea* y *cualquier* *otro* *tipo* de *juncos* de la *ribera* y *marisma* del *Guadalquivir*. Existían en el *siglo* XVIII dos *maestros* *esparteros* de *juncos*, que *seguro* *también* *hacían* los "sopladores" o *abancos* de *coquina* que *atizaban* el *fuogo* *encendido* en *carbón* en el *anulo* o en la *chimenea*. *También* en la *parroquia* *mayor* *había* un *esierero* que *durante* el *invierno* *colaba* el *mado* con el *gratificante* *esparto*. Los *ovelleros* o *hacedores* de *cuerdas* *ha* *sido* *otro* *gremio* *muy* *importante* en *Sanlúcar* *por* su *importancia* en las *jarrias* y *cables* de *barcos*, *junto* con las *redes* de *pesca*. Estas *constituían* un *mundo* *artesanal* *muy* *especializado* *según* *fuesen* *gallanderos* para los *carzones* o *luere* para las *corvinas*, etc. El *cordónero* cuando *realizaba* las *cinchas* o *doblaba* la *calabarda* del *cordel* del *cañastro* *pan* *atar* a las *bestias* se *convertía* en *cabotero*. De *niño* cuando *volvía* de la *playa*, *he* *visto* *todavía* a *cordeleros*



Espartero, en los años ochenta del siglo pasado. Fotografía: José Aja

Manuel Martínez Costán, en su zapatería de la calle Bejines. Fotografía: Germi Casillas



gastados. En los años de la primera conquista de América se historia que el duque de Medina Sidonia, señor de Sanlúcar, envió a Las Antillas un barco cargado solo de zapatos, como un bien y rápido negocio. En estas tierras desde el poro mismo lo tenían las espadas pero donde no acudían las lanas de los monasterios del pie y el calzado, tan fundamentales en la vida andaluza del conquistador de nuevas tierras. En el "Catastro de Ensenada" se consignaban nada más y nada menos que 49 maestros de obra fina, 5 de obra basta y 12 remendones. Junto a ellos iba la formación procesional de los barberos, que rizar y alfitaban las lanas y algunos además eran los zapateros, que como una medicina abrían con una lanceta las venas y dejaban salir la sangre.

En tierra con tanta variedad alimenticia de huerta, campo, y mar, es obvio el protagonismo del gremio sanluqueño de los especios. La especia la consideraban y denominaban como droga con la que se sazaban los guisos y vinos para darle sabor, aroma y gusto, junto con su papel de ingrediente de los ungüentos y perfumes. En esos años especias eran exclusivamente las que procedían de Extremo Oriente, y de modo más preciso las de las islas Molucas, cancha y nuez moscada, o las de China, el jengibre, o de la India, el clavo y la pimienta. Eran utilizadas también como mezclas de fórmulas medicinales. Sus tierras, como ahora, disfrutaban de un aroma muy especial. Desde que Juan Sebastián Elcano llegó a las islas Molucas y descubrió el 6 de septiembre con 18 supervivientes en Sanlúcar se oía más a especias aromáticas. De este viaje hay que resaltar que los inmensos dispensarios que produjo se solucionaron con el importe del valor del clavo de Tidor que la patérica nao Victoria transportaba en sus bodegas. Otro gremio que se hacía aquel día de Corpus era el de los sedes, que tejían, libraban y bordaban tanto tafetanes crujientes como damascos rasos, adornados con dibujos bordados. Presumían el arte de tejer, con las bebras delgaditas pero muy lastrosas de los gusanos de la morera. Eran telas que los Medina Sidonia enviaban a Europa a través de bretones y flamencos y que también importaban a América. La lonja de los contratos de telas y productos traídos de Flandes y Bretaña estaba en la Alcaicería, actuales calles del Trueno y del Torno, en las que curiosamente hoy confluyen todavía la calle Bretones y la de los Flamencos (hoy nombrada Bathos). El puerto de Amberes, en Flandes, el puerto de Rotterdam en Holanda, el puerto de Sanlúcar, formaban una triada de tráfico comercial muy fluido e intenso con todo el corazón de Europa, África y Asia y las recién descubiertas Indias. En 1805 todavía existían en Sanlúcar mil hilanderas de algodón que con habilidad torcían, hilaban y tejían al tono veintinueve con tonos. Existían tres máquinas de cardar algodón y veintiseis telares de algodón.



Arriba, la calle Tapacuerdo, en una fotografía de principios del siglo XX. Esta vía todavía mantiene las tradicionales tiendas y puestos callejeros. Fotografía: Jesús Pina [c.1900-1910]. Sección Alcaz, la calle Bretones, con la portada del mercado de abastos en primer término. Fotografía: Germ Casillas



Eran moriscos "aquellas gentes de los moros que al tiempo de la restauración de España, se quedaron en ella banizados y por haberse hallado después que en su interior observaban la secta de Mahoma se expulsaron después en tiempo del señor Rey Don Felipe III". En Sanlúcar la morería estuvo probablemente en las actuales calles del Teatro y Cervantes, (llamadas entonces ambas a la vez callejuela de los Moros. Tras los moriscos iba el gremio de los saboneros en que ocho de ellos ejecutaban a compás de instrumentos músicos una danza con espadas en la mano, con las cuales al ritmo de los tañidos de la melodía se daban algunos golpes con ellas, mandando los pies en el suelo y formando vistosos patrones y plantos. La taberna era una tienda en que se vendía vino al por menor pero también todo tipo de abasto alimenticio o casero. El Catastro de Ensenada distingue tabernas de montañeses, 18, y de franceses, 17. Tra el siglo XVIII y tenemos que imaginarnos el gusto francés de entonces por los espejos, la decoración rococó de muros y muebles y el refinamiento en el consumo de vinos y licores. Los montañeses representaban el estilo que hoy entendemos por una taberna de Sanlúcar, estilo La Habana. Junto a las tabernas existían 7 bodegones, 27 puestos de agudiente de orujo, 37 de aceite, 41 tiendas de frutas secas (higos, castañas, bellotas, micos, piñones...) y otros comercios y 28 de frutas secas y verduras. La carne y el pan estaban controlados en carnicerías y panaderías del Concejo en sitios y calles muy determinadas.

A los taberneros seguían los adoberos de la calle Sargenta, antigua calle de la Atalaya, los que con sus molas de piedra y una bestia, con gran ocupación y trabajo, sin emplear la fuerza motriz del agua, molían en seco los granos de cosecha para el servicio de las muchas panaderías que había en Sanlúcar. Unas cuarenta panaderías contaban con horno y atahona, otras lo sólo con horno, por lo que necesitaban de los sacacardos de arzonas, que eran unos 4 en la villa. Entre ellos iba algún *de chafar*, especialista en limpiar la semilla de trigo cuando se criaba y zarandaleaba. La actual calle Amargura era la calle de la Panadería del Cabildo y según las crónicas un alimento tan precioso se vendía en un lugar muy aseado y privilegiado, en aquel gran y espacioso salón que formaban las plazas del Cabildo y de San Roque, cuando las ventanas se echaban por balcones todos iguales, y cuando todavía existía un comitarré el apantamiento. En este gremio estaban entonces los *coffroneros*, en un pueblo que tenía cinco fábricas o refineras de azúcar y cacao a finales del siglo XVIII, donde trabajaban 11 moledores de chocolate. El cacao y la vainilla, que vinieron de América revolucionaron las confiterías y tabernas sanluqueñas, sus postres y las heladerías. Pedro Martir de Anglería afirmó que el chocolate líquido era "bebida digna de un rey" y el doctor Juan de Cárdenas señalaba que "engorda y sustenta al hombre, *dehóde sano y habbe maneré*



La repostería de dulces sanluqueña tiene una tradición secular. En la imagen, interior de la confitería de La Merced (Casa Guerrero), en la calle Ancha. Fotografía: Germ Casillas

La repostería de dulces sanluqueña tiene una tradición secular. En la imagen, interior de la confitería de La Merced (Casa Guerrero), en la calle Ancha. Fotografía: Germ Casillas

Los teloneros eran una corporación fundamental y por eso desfilaron procesionalmente con identidad propia. Los trabajadores de tonelerías, talleres techados, dotados con sierras y fraguas, con patios y cobertizos, hoy los recordamos en San-

Nave de tonelería con los trabajadores haciendo. Postal de época [c. 1910]. Colección del Heremita, Nantes



lúcar en el nombre de las calles Trabajadero 1 y 2. En ellos, con el roble y los herrajes traídos de Europa, fabricaban, encajaban, embanaban y limpian las duelas o tabillas del casco de los muros de Sanlúcar. Preparaban las piezas de la gran arquitectura de hiladas y andanas de botas en las bodegas. Los tocateros sanluqueños fueron además el fundamento del transporte del ámbar de las almadrabas. De las chancas y atacañas de los duques de Medina Sidonia para los ejercicios y armadas del rey, para las flotas de Indias y para el incremento de las rentas ducales que invirtieron mucho en el paisaje arquitectónico de Sanlúcar. La baronía de las botas se encargaba a tocateros sevillanos y sanluqueños. El señor de Sanlúcar era conocido como el *señor de las trescientas mil* por sus inmensas rentas anuales sobre todo en ámbar. Se necesitaron muchas botas y los trabajadores del Barrio Alto eran muy eficaces, cuando estaban provistos de buenas maderas traídas del corazón de Europa, por el Rihm y el Atlántico.

*"Un señor conato yo
A quien sirva tierra y mar
Que no ha podido comprar
Con su renta un no
Solo el guardar la honrada
Solo el pedir no ha sabido
Siempre venca acordado
Siempre es vencido, rogado."*

Luego discutían en la hilera procesional los *hombres de la mar* que transportaban, como un paso de barco en nuestra actual Semana Santa, una vistosa gala o galera, barco de bajo bordo que se movía a remo y a vela cuyo desfile con tal monumento debería resultar espectacular. Los hombres de la mar tenían su capilla en San Nicolás, el punto de los muelles, donde era muy honrada la Virgen del Buen Viaje, hoy en el convento de Capuchinos. Frente a los mil trescientos jornaleros del campo existían 347 del mar entre patronos, marineros, pescadores y mariscadores de corrales, según registraba el "Catastro de Potosí de 1763". A continuación formaban tramo con su pabellón e insignia los *carpineros*, que en sus obradores labraban maderas para los edificios, para las impresionantes carretas y para los muelles en blanco. En las aranzanas de Sanlúcar también adelantaban los navíos del tráfico del ámbar, del esparto y del cuero de los duques. Muy importante en Sanlúcar era el *carpintero de ribera* que trabajaba en la fábrica, reparación y calafateo de navíos que los mismos arenales de la playa. En los muelles de Bontanza se carenaban y se impermeabilizaban las naos con alquitrán, brea o resina de pino, caña y estopa. Continuaban el sequito general los *santos*, que, aparte su arte de cortar y coser trajes, combinaban en la procesión las cortas danzas con entremeses



o representaciones breves, cómicas y joosas que aliviaban el tránsito de la procesión. Su variedad divertía y alegraba al auditorio tras tanto desfile de gremios. La calle de los Sastreros estaba en la calle del Truco junto a la alcaicería de las sedas moriscas y de las telas lujosas traídas de toda Europa por flamencos y berberes, y la calle de los Repesos y Bodegueros en la actual San Roman, que confluye en la plaza de la Trinidad. Junto al polo ciego estaba la trapería o calle de los trapos donde por los *traperos* se recogían los paños de lino y algodón para fabricar las resmas de papel de hilo, vejigado o de tina en los molinos geoneses. El colorido de trajes y vestidos, pañuelos y corbatas se enriquecía con las novedades venidas de Indias, la novedad de los ropas del palo brasil, y del palo campeche. La grana fina o cochinita, fruta o grano que se criaba en las Indias de ciertas plantas pequeñas que producían unas como uvas salvajes también servían para dar color rojo vivo a las sedas y paños como se hacía con la grana de Europa. Los mantiles, toldos y forros se perfeccionaron con el aporte americano del hule, barniz o resina de distintos colores que hacía impermeables a las telas. Coraban los *amores*, maestros y artesanos de las armas para ofensas (flechas, lanzas, arcabuces, trapopedas, mosquetes, pistolas, etc.) a las que cuidaban en su uso y limpieza en un lugar que era punto de partida para una aventura desconocida, la de Valdivia, Pizarro, Ponce de León...

Por fin llegaba el arco de la catedral del Santísimo Sacramento a la que seguían todos los *mercederos* de Sanlúcar, pro-

Interior de la mercería y tienda de tejidos la Letanía, en la Puerta, Jerez, en el Barrio Alto de Sanlúcar (Cádiz).

Un carpintero de ribera da los últimos toques a la construcción de una balsa en Bajo de Guala, en los años ochenta del siglo pasado. Fotografía: Aini Aza



viatos todos de hachones fabricados por los *oreros* con esparto y carrizos, cubiertos con pez que alambraban en el atardecer del solsticio de verano. Los diligentes mercaderes, ricos y poderosos con el oro y la plata de América convirtieron a Sanlúcar en un pueblo con grandes caseros, rematados con miradores a la mar y al río, que eran muy mirados pues en cada galathea venía la fuente de riqueza. Casones siempre rematados con escudos nobiliarios, menos de sangre y más de contía (Casa de los Arzobis, Camposano, Colon, Ledesma...), junto con un increíble y abigarrado pueblo de eremitas, capillas, conventos y monasterios, bien donados y fundados, anales de los de Sevilla, en una amalgama de colores de sotanas, sayales y escapularios, en un paisaje repleto de espaldas, crices y campanarios, en una desproporcionada población de manos muertas.

Se perdían en esa procesión otros oficios que después en el siglo XVIII recogía el Catastro del marqués de la Escañada como existentes en Sanlúcar: Los *riñeros* o *sosres* que hacían cascacas o jabones de piel de ante, bufalo u otro cuero. El jabsón era un vestido de medio cuerpo arriba, muy ceñido y ajustado al cuerpo, y la cascaca era una prenda con mangas que no llegaban a la muñeca, cuyas faldillas caían hasta la rodilla. Se ponía sobre los demás vestidos. También existían *aranzeros* que curtían y adobaban las pieles quitándole y repudiando el pelo en la actual calle Cantarero donde estaba la casa de la Tenencia, oficina donde se curta todo género de cuero para todos los zapateros de su lugar, y existían especialistas como los *talabarteros* o artesanos de perlas o cintureños de cuero para las bestias desde el burro, el buey, el mulo y el caballo, almas y motores del tráfico de Sanlúcar.

Oficios de la vid y el vino, del olivo y el aceite, del trigo y la harina

El duque don Enrique de Guzman, duque de Medina Sidonia, conde de Niebla, el que sería constructor del castillo de Niebla y del de Santiago en Sanlúcar, fallecido en 1492, en un privilegio de 1469, concedido a los sanluqueños, prohibía se vendiesen allí otros vinos que los propios, y dejó claro lo importante de esa renta para la riqueza de su Casa: *"Esta dicha villa no tiene otro fortalecimiento sino viñas, de que tanta renta y servicio a Mí se me sigue"*.

De las catorce mil aranzadas cultivables de Sanlúcar, cuatro mil eran de viñas, setecientos sesenta y nueve de olivares, quinientos cuatro de pinares, ciento cincuenta y cinco de aranzas y los restantes de granos y pastos. Muchos jornaleros han producido en la historia de Sanlúcar el cultivo, la vendi-

mita, la pisa y el trasteo sobre las andanas de las botas en las bodegas. En efecto en el producto anual de 1801 el gremio de *osoleros* de vino produjo 844.380 reales de vellón y el siguiente gremio era el de los *mananeros* (taberneros y tiendas de comestibles), con 224.350.

El duque de Breaña visitó estas tierras, conoció en la Edad Media nuestros vinos, y atrajo gran número de bretones que dejaron en Sanlúcar el nombre de una de las más bellas calles, la porticada y encañada de los Bretones. Enseñaron el arte de la fabricación de las botas y los copos de madera con azos metálicos, para la ceñiza y para el tráfico a granel de vino a través del océano y del río. El vino también tuvo mucho éxito entre los indígenas de América. Los bretones, muy bien relacionados con los guzmanes sanluqueños y sevillanos, comerciaban con el vino y traían botas de vino, arboles y maderas de la buena madera del norte de Europa.

En tierras albarizas, en barro, y en arenos los sanluqueños sabían ahuyar (los *ahuyadores* junto con los *armentadores* o *podadores* gozaban del mejor jornal), cavar, plantar esquejes barbados, injertar, enciagar, desecar, podar, amarrar la vara, vinar y revinar, catar, venenciar y cuitar. El oficio de *aranzador* o *trasegador* era muy importante en las bodegas vinateras. Era el artífice del paulatino y nunca interrumpido recio de las soleras, esencia manovile de los vinos, mediante la saca parcial y reposición inmediata, de mosto de la misma calidad. En el siglo XVIII se censaron 9 aranzadores. En el



Arriba, fachada de una casa nobiliaria o de mercadería en la actual calle Santo Domingo. Abajo, jornaleros vendimiando. Fotografía: Coro Castilla



comercio del aceite y el vino participaban mucho los genoveses, pero también la mayoría de la aristocracia como el duque de Medina Sidonia, el marqués de Arcos, el conde de Ierna, y el marqués de Priego. El jabón, los jabones y las almonas, era privilegio de los Enriquez de Ribera, desde su palacio de Sevilla y los estados de Los Molares y Alcalá de los Gazules. Sanlúcar cuenta con una excelente Almona o fábrica de jabón, que entonces se definía como una masa consistente de aceite, sebo y lejía de la ceniza que se producía al quemar el aljamo o junco delgado y salado de las marismas sanluqueñas. Era el único detergente necesario para limpiar, embalsamar y ablandar las ropas. El *Casero de Inocencia* recoge la existencia de un fabricante de piedra sosa y ceniza de *aramejo*.

Oficio del navacero

El navazo era una de las principales fuentes de riqueza para los pequeños labradores de Sanlúcar. Formaba un paisaje agrícola muy sorprendente, que llamó la atención a forasteros y viajeros. Ocupaban los navazos una banda verde desde el castillo del Espíritu Santo hasta el puerto de Bonanza. Todo en medio de una cordillera de dunas y megaras de arenas voladoras, arrebatadas por los vientos de poniente que en los navazos encontraban freno y asiento. En sus vallados areñosos por arriba y por abajo se veía un paraíso frutícola: cepas y parras, cañados, damascos, albaricobos, membrillos y gorrizas. En sus bordes cañaverales, pitas y arbustos espinosos. El agua del profundo Guadalquivir y la luz del sol de Sanlúcar regaban dos cosechas anuales, muy celebradas por *putanderos* de mesones, tabernas, armadas y buques y particulares: cañas de mar, de cuatro varas, coles de 26 libras, sandías de 20 libras y calabazas, nada más y nada menos, que de cuatro arrobes. Erán como "ruedas de molino". El navazo trabajaba duro pero le hacía mucho.

Las huertas en Sanlúcar contaban todas con pozos profundos, llamados hoyos en los navazos, para tener surtido abundante de agua, sacada mediante norias de lucero colado a unos estanques. Las Indias fueron dando a conocer plantas y vegetales que aquí sorprendieron por su rareza y que se aclimataron en nuestros países y casas. Los navazos y huertas de Sanlúcar fueron verdaderos jardines botánicos de aclimatación de la papa de los Andes, que se continuó al principio con la terrible belladona, del maíz, de la batata o camote, del frijol, del cacahuete, del chíle y otras variedades de pimiento, del tomate y del tabaco. Los *hardos* que protegían huertas y navazos se poblaban de ultramarinas plantas como el cactus, las chimboras o nopal y la pita o magney. Erán buenos jardines para enriquecer los postres con plantas que producían la



piña o ananá, la guanábana, el zapote, la chirimoya, la guayaba, el aguacate y la papaya. También se experimentarían las plantas medicinales e indianas como la coca, la quina, la purga de Jalapa y la zarzaparrilla.

Oficio de práctico

Puerto, y aplíquese al de Sanlúcar, según el confesor del gran rey Felipe II, Sebastián de Covarrubias, era "lagar en las ribenas del mar, acomodado para recogerse en él los navíos, sin que sean fatigados de las tempestades. Algunos dios son naturales, que naturalmente se despusen orientados de peña y dejando una entrada angosta para el mismo efecto. Otras son hechas con industria, de los hombres para el mismo efecto. *Tiene Puerto de aportado porque por él se traen y portan las mercaderías y mantenimientos*". Sanlúcar era un puerto tan natural como su río o su playa, sus barros y sus arenas, sus rocas ostioneras y corraleras. Tenía como defensa su barra y las sorpresas honduras de su mar. La barra es una ceja, banco, o arrecife de piedra y arena que obstaculiza la salida de las aguas del río y la entrada del agua de mar en las mareas altas. Solo los *prácticos* y *pilotos* sanluqueños eran capaces de salvar las corabels, naos, urcas y galeones, pataches y pinazas, con importantes cargamentos. Gracias a ellos salieron flamencos, las velas de la alegría, cargadas de vino, aceite y trigo, y vueltas de especias, maderas preciosas, marfiles, joyas, estancias, plata y oro de Oriente y del Indio. Solo con ellos solaban amarrar a la sena del cañón y emprender la salida o entrada por el Guadalquivir. Las referencias de guía de los pilotos eran los puntos del

Agricultor arando la tierra en un dibujo de Cristóbal Weiditz (1528), en el manuscrito Das Teutonenbuch... En la leyenda escrita en la parte superior (traducción del alemán), dice: "Así van a labrar en España".
Gemeinschaft Nationalmuseum, Nürnberg

Alcazar de Sanlúcar, de las torres de sus iglesias, de sus pinos y araucarias, del rojo farallón de barranca, de las dunas del Coto y de las blancas lomas de Martín Miguel, eran el comienzo y el fin de la aventura atlántica o mediterránea, el punto de salto del non plus ultra al plus ultra.

Oficios de la pesca

En Sanlúcar se pesca a pie o por el mar. A pie en los corrales que eran trampas de piedra de ostiones que se valían de los movimientos del agua en la pleamar y la bajamar a fin de coger los peces en seco, sin tener que aventurarse en el mar. Los corrales eran pues una alamedada natural formada de roca y piedra en cunco interior, con la pleamar, entra el agua del Atlántico junto con los peces y mariscos de distintas especies, y al llegar la bajamar el agua se va desalojando y quedan atrapados en su interior.

Esa pesca ha recibido el nombre de cata, si lo efectúa el oñar o responsable del mantenimiento y conservación de la artesanía del corral, y *mariscado* o pescador a pie, cuando lo es por otra persona que no ostenta dicho cargo.

Uno de los momentos más pintorescos y curiosos es al anochecer en Bajo de Guía, cuando llegaban las tartanas y bucas de pesadere con el producto de su trabajo en la mar. Allí en la misma playa esperaban los tratantes del pescado para verificar sus compras en la lora y surtir a los pueblos más cercanos como Jerez, Trebujena, Lebrija, Utrera y la misma Sevilla. En 1850 Fernando Guillamas contaba más de 200 caballeros que a esa misma hora echaban a andar para sus respectivos puntos. Esta demanda externa ocasionó carencia de pescado a los labradores de Sanlúcar, consiguieron que las seis primeras tartanas que llegasen con pescado a la playa a descargar en ella, echaran a tierra todo el pescado para venderlo por menudas solo a los vecinos y no lo pudieran vender al por mayor. En el siglo XVI una libra de langostinos ordinariamente costaba 7 maravedíes, y la de acedias, más cucas, a 9 o 10 maravedíes. En el XVII la libra de langostinos costaba ya 28 y la de acedias, más baratas, 24.

Las tartanas eran pequeñas embarcaciones, sin ninguna elevación en pro ni en popa, con un arbol con su mastelero. Lo normal era que llevara vela latina o triangular sobre una verga inclinada, que inflada producía el movimiento de la embarcación, aunque también usaban el remo. Eran muy adecuadas para la pesca y el transporte de cabraje por la bahía y el Guadalquivir. El "Casero de Inocencia" distingue clases de tartanas ya en el siglo XVIII, 15 viajeras de personas,



Sobre estas líneas, barcas de piedra, llamadas "tartanas", pequeñas embarcaciones, sin ninguna elevación en pro ni en popa, con un árbol con su mastelero. Lo normal era que llevara vela latina o triangular sobre una verga inclinada. Fotografía anónima (c.1850-1860).
Casero de Casa Babilón, Sanlúcar de Barrameda. A la izquierda, detalle de uno de los tapices flamencos del Alcazar de Sevilla, en la que se puede apreciar a un pescador haciendo ligas del taller de Willem Pietermaker (1540-1554) sobre pinuras de J. C. Vermeiren, Giambattista Loda y Van Meist.
Reales Alcazares, Sevilla

16 de tráfico de mercaderías y 14 de pesca. Los *tartaneros* eran un gremio muy importante con su barrio de La Balsa de Sanlúcar, junto al convento de la Victoria. La canteñas llamadas *Isleña* de los Tartaneros, al que suministraban su dieta de pescado. Una calle en ese lugar los recuerda todavía.

Oficios de mesoneros, guisaderos, freideros y taberneros

Las esperas obligadas de las flotas en la barra de Sanlúcar precipitaron la proliferación de mesones, posadas y tabernas. Las posadas eran donde por dinero se hospedaba la gente, mientras que el meson albergaba personas y cabalgaduras. En la actual calle Ancha estaban los mesones de Monteseoca. En el Barrio Alto, en el siglo XVI en medio de lo que era el camino a Jerez estaba el meson del Duque, donde se recogían los caballeros.

Era Sanlúcar, en los días de armada y expediciones de galeones un hervidero de intrépidos aventureros y *“guisadero de la pizarra”*, en palabras de Cervantes, que en manifiesto destino se la jugaban en la mar y en las Indias desconocidas. En la calle San Román y Carmen Viejo existían la zona de bodegones y casas de comidas y tenía asiento la Ramera. Allí pululaban los pícaros de Sanlúcar que recordó Cervantes cuando escribió el *Quijote*. Desde 1516 las flotas que salían del Guadalquivir empezaban a hacerse habituales y las esperas en el puerto de Sanlúcar producían un gran flujo de población transiente en la calle Ancha de los Mesones y en el barrio de los Gallegos. Cada flota tenía de 10 a 20 mercantes, y en el siglo XVII llegaron a 30, para descender de 10 a 20 en el siglo XVIII, aunque en 1592 salieron 72 mercantes. Se ha calculado que en cada flota se ocupaban más de 2.000 personas. Cuando tanta muchedumbre se desembarcaba y desperrecaba de los galeones en bajo de Gata, los marineros y colonizadores de tida y vuelta contaban en tabernas y bodegones su asombro ante la carestía en las Indias de grandes cuadrupedos comestibles y de carga. Por eso todavía en el siglo XVIII había en Sanlúcar cuatro tiendas de chalanerías. El chalan en 1720 se definía como *“el que trata y negocia en mar y cañal, comprando y vendiendo para ganar ya por su mérito, ya por su penuria”*. Luego en 1791, del mundo del caballo y las mulas pasó a ser un arte comercial pues chalanería significaba artificio y astucia de que se valen los chalanos para vender y comprar.

En su intento de reproducir en suelo americano el modelo de vida del campo en Sanlúcar, Chipiona, Trebujena, Lebrija... llevaron en sus navíos todos aquellos animales que resultaban imprescindibles para el normal desarrollo de su

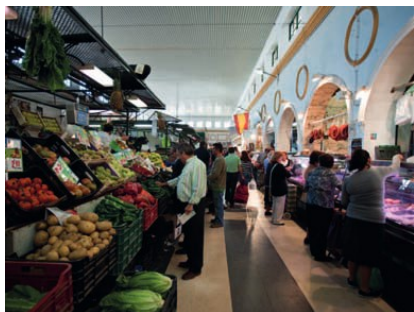


Sobre estas líneas, Antonio Román Ruiz en "La Lata", uno de los taberneros que se mantienen, de las muchas que había hace pocos años, en el Barrio Alto. A la izquierda, imagen de la plaza de la Trinidad, muy cerca de ella se encontraba la calle de los Guisaderos o de los Freideros. Fotografías: Guro Casillas.

existencia: ganado caballar, asnal, mular, vacuno, porcino, caprino, lanar y aves de corral.

La calle de Rugin, en sus proximidades con la plaza de la Trinidad, en la travesera de la actual plaza de Albatos, estaba la calle de las *Guisaderas* o de las *Freideras*. De allí se deriva la fama de la cocina sanluqueña, consolidada con la historia de las flotas de América, con productos marinos, pan bien horneado y verduras de sus huertas y navazos. En el siglo XVII la libra de arcén costaba 10 maravedíes, la de cazon, 10, la de raya, 4, la de langostinos, 8 y la de corvina, 8. Los guisos con la combinación del pescado, los productos de las huertas y navazos y las especias, en un puerto que estaba abierto a África, Europa y América dieron solaz y alivio a aquellos hombres que partían o venían de un largo viaje. Las Indias fueron dando a conocer plantas y vegetales que aquí sorprendieron por su rareza y que se integraron en la cocina y en los navazos sanluqueños. También las hojas y el humo del tabaco fueron habituales en esos bodegones y tabernas. Una casa terrena o de venta de tabaco al por mayor y cinco estanquillos, uno en la venta de boratiza, se contabilizaban en Sanlúcar. El jesuita Bernabé Cobo, que seguramente pasó por el colegio sanluqueño de la calle Compañía, en el Barrio Alto: *“Aunque los indios, de quienes se tomó esta costumbre de tomar tabaco, lo sabían solamente en humo, han enseñado los españoles otro modo de tomarlo más delicado y con menor ofensa de las personas, que es en pipa, por las narices. Tomado de esta manera cuando se necesitan desterrar la cabaza, divierte las corrientes de ella, sana los reumas y hace otros saludables efectos”*.

¡No están todos los oficios, ni pueden estarlo. Faltan escribanos, alguaciles, almoxarifes... Con los que narramos creo que cualquiera puede reconocer en calles y plazas de Sanlúcar el paisaje de la vida de los sanluqueños, vida que no quedó fijada por la piedra, pero sí por los archivos de la ciudad, el ducal y el municipal.



Arriba, una de las naves del mercado de albatos. Fotografía: Guro Casillas. A la izquierda, un detalle de las estanterías del Archivo de la Fundación Casa Medina Sidonia. Fotografía: José Merin.



Ranúos de calles con nombres relacionados con actividades y oficios.